

XII.

Óigase la relacion sucinta de este progreso, y aparecerá esta verdad tan clara como la luz del mediodía: al concluir el siglo primero, estaba difundido en todo el mundo conocido el Evangelio de Cristo: dos siglos despues, el imperio romano se sobrecogió al ver que, sin saberlo ni sospecharlo, era casi todo él cristiano: abríase el siglo sexto, presentando el espectáculo de haber conquistado la Iglesia para sí á los mismos bárbaros que habian destruido el vasto imperio de Roma pagana: cerrábase el octavo, teniendo ya Códigos de leyes civiles, políticas, administrativas, internacionales, de guerra, de paz, de derechos, de deberes y de cuanto contribuye á que los hombres vivan en armonía y concordia. Y campea entre las naciones y las precede á todas nuestra gloriosa España, que, ya en el siglo sexto, publicó su Código fundamental de leyes, aquel Código que dispone que la España sea una en la fé católica, que tenga Reyes de su propia sangre, y que estos no puedan serlo si no profesan la Religion santa católica apostólica romana. Y estas leyes las formaban el Rey, los Prelados y los grandes del reino; pues el Rey entraba en el Concilio, se arrodillaba, decia la confesion y recibia la absolucion, entregaba las leyes al Concilio, y despues se salia, dejándolo en plena libertad para que las discutiera. Y otro tanto sucedió cien años despues en casi la mayor parte de Europa, á la cual se extendieron los Capitulares de Carlo Magno, compuestos en Francfort y en Ratisbona por el mismo Emperador, ayudado de los Obispos: empezaba en el undécimo y con él la conversion á la verdadera fé de los pueblos de la Finlandia, del Báltico, de la Panonia y de otros que aún conservaban las supersticiones paganas: llegaba el décimotercio, y ya se estaba imponiendo respeto á los isla-

mitas, y se les empezaba á arrojar de las regiones del Occidente que habian ocupado con la fuerza brutal: concluia el décimoquinto, presentándose el Occidente compacto, unido, ilustrado y civilizado, y dirigiendo sus miradas á los vastísimos continentes que se acababan de descubrir, y en los cuales habitaba una gran parte de la humanidad desconocida hasta entónces, la cual entraria muy pronto en consorcio con el resto del mundo.

Espectáculo como el que presentaba el siglo décimosexto en sus primeros años no se habia visto jamás. El Occidente entero, uno en su Dios, en su fé, en su bautismo, presentaba los sábios por centenares, precedidos de doctores que habian ilustrado á la humanidad, y al lado de los cuales palidecian todos los sábios de Grecia y todos los filósofos de Roma: presentaba monarquías poderosas, llenas todas de Universidades, de Basílicas, de asilos de beneficencia, y respetadas por los enemigos de la civilizacion del Evangelio. Pero al mismo tiempo presentaba tambien los anales de la civilizacion de que gozaba, y no podian abrirse sin leer en ellos el origen de tanto bien como el mundo poseia: allí estaba escrito que los Papas de tres siglos habian muerto combatiendo contra la ferocidad pagana, siendo esta misma la suerte de la mayor parte de los Obispos, y la de sacerdotes y fieles sin número: allí contaba que, siglo por siglo, los Vicarios de Cristo habian estado reprimiendo el despotismo de los príncipes que abusaban de su poder, condenando los errores que se levantaban para destruir la verdad, de cuya permanencia en la sociedad dependia la ilustracion y la civilizacion que habia alcanzado: allí se veia que para lograr este fin habian enviado Obispos y misioneros al Albion, á la Germania, á Rusia, á la Moscovia, á la Hungría, habian reunido Concilios, enviado embajadores á príncipes, reprimido sus libertades, privado de sus honores cuando tiranizaban á los pueblos, y de la comu-

nion de los fieles cuando se atrevían á contraer enlaces incestuosos, ó tenían concubinas con escándalo del reino, ó se levantaban contra los derechos de la Iglesia y de su Cabeza visible: allí, por fin, se veía que en todas épocas los Obispos habian sostenido el derecho y la justicia delante de los Soberanos, y en las Asambleas de las naciones, atacando las leyes injustas que causaban detrimento al pueblo, abogando por éste para defenderlo de las tiranías del feudo, ó de las arbitrariedades de los Reyes que se olvidaban de su deber, ó de las violencias de los bárbaros y de los conquistadores, miéntras que para bien de todos escribian tratados de buen gobierno, de política sana, de leyes, de los derechos de la autoridad y de los deberes de los súbditos, y del modo de ser todos felices en el tiempo y en la eternidad.

Esto hicieron los Papas y los Obispos, y tambien diremos aquí, para dar á cada cual su honra, que les ayudaron los Reyes Santos, aquellos Reyes que reconocian la autoridad del Vicario de Cristo sobre ellos mismos; aquellos Reyes que detestaban el cesarismo, y no se empeñaban en gobernar la Iglesia de Cristo y sujetar á los Obispos á sus caprichos; aquellos Reyes que se llamaron Canuto de Dinamarca, Roberto de las Galias, Eduardo de Inglaterra, Enrique de Alemania, Estéban de Hungría, Luis de Francia y Fernando de Castilla.

XIII.

Con este trabajo ímprobo y duro, pero constante y continuado sin interrupcion, habia llegado el Occidente á ese grado de civilizacion cuando saltó en medio de él el mónstruo de la division. Los panegirizadores del protestantismo dirán cuanto quieran sobre los resultados que le atribuyen, de la civilizacion novísima, que por muchos esfuerzos que hagan nunca lo limpiarán de la mancha inde-

leble que tiene, de haber roto la unidad universal que tenía el Occidente ántes de aparecer él en la sociedad. Hemos dicho que quitó á la sociedad la unidad de fé y de bautismo, y hemos dicho poco, porque la unidad misma de Dios empezó á oscurecerse con las doctrinas de los reformadores, y el antiguo laberinto del politeismo asomó su cabeza revestido de nuevas formas, de las formas de un paganismo decorado con el ropaje del racionalismo. ¿Y qué otra cosa es el protestantismo, sino la idolatría antigua reformada y reducida á forma elegante? ¿Qué otra cosa es para la sociedad, en el orden de las ideas y principios, sino el retroceso á aquella época de confusion que reinaba en la tierra, cuando cada individuo se arrogaba el derecho de forjarse un Dios á su capricho, rindiéndole adoracion á su manera y dándole culto segun lo júzgaba conveniente?

Una secta que sienta por axioma fundamental el desprecio de la autoridad en general, y en particular el de aquella que instituyó Jesucristo ántes de subir al cielo, mandándola que enseñase lo que habia oido de sus lábios (Matth., cap. xxviii, vers. 20); una secta que destruye la Cabeza visible de una Iglesia que es, y no puede ménos de ser, visible, á la cual el mismo Fundador de la Iglesia ha mandado que confirme á sus hermanos los Apóstoles en la fé (Luc., cap. xxii, vers. 32), que sea pastor universal de ovejas y corderos en su aprisco sagrado (Joan., cap. xxi, versículos 15, 16, 17), y á quien ha prometido que ningun poder prevaleceria jamás sobre él, á quien constituia piedra fundamental visible de esa Iglesia que él edificaba (Matth., cap. xvi, vers. 18): una secta que no admite más juez de controversia en materia de fé y de costumbres que la letra muerta de las Santas Escrituras, y hace juez y maestro infalible de la inteligencia de las verdades sobrenaturales á cada uno de los hombres: una secta que empieza por tomar en sus manos el cánón sagrado de los libros inspirados por el

Espíritu Santo, y rechaza los que le agrada, corrompe las sentencias de los que conserva, destruye los Sacramentos, cambia la liturgia venerable que habian establecido los Apóstoles, reduce la verdad de la Eucaristía á meras apariencias, prohíbe el ayuno consagrado por la ley, por los Profetas y por el mismo Jesucristo, é introduce la disolucion de costumbres en el santuario; una secta que cambia de doctrina segun sean los sujetos á quienes se dirige; que, al nacer, encuentra bastantes fundamentos en las páginas sagradas para que un Landgrave tenga dos esposas, porque no se satisface con una; una secta de este género destruye por sus cimientos la verdad, la unidad y el magnífico edificio de la fé, proclama la libertad para que cada uno rechace los dogmas que quiera, se forme una moral á su antojo, y viva segun mejor le parezca, sin atenerse á preceptos divinos ni á autoridad que los explique, pues él mismo se los interpreta segun le acomoda. Así vemos esa triste esterilidad del protestantismo en el terreno de las virtudes. Cuenta éste sus mártires á su modo: el mártir Juan Hus, el mártir Jerónimo de Praga y otros, y yo no lo extraño, pues el fanatismo hasta cuenta ya hoy dia mártires de la disolucion, mártires de la democracia, que es cuanto puede decirse en materia de absurdos. El protestantismo tiene este género de mártires, y puede gloriarse de que él los ha engendrado: pero de seguro que no se gloriará de haber producido vírgenes que consagren su alma y su cuerpo al amor de Jesucristo, ni penitentes que pasen su vida en los rigores de la austeridad evangélica, ni ministros que guarden castidad.

Pues esa confusion y este desórden reinaban exactamente en la sociedad ántes de la venida de Jesucristo, y esto es precisamente lo que ha acontecido en el seno del protestantismo. Todavía vivia su fundador Lutero, y ya habia tantas sectas cuantos fueron los héroes de la re-

forma que se levantaron, y entre sólo los anabaptistas se formaron treinta divisiones; y de éstas y aquéllas, cada una tenia su símbolo, cada una su ritualidad, sin que se encontrase ninguna cabeza en ninguna de ellas, por ser cada hombre cabeza de sí mismo, de sus creencias y de su fé. Y esto, ¿cómo se llama en el terreno lógico de las ideas? Poco es llamarlo, con Bossuet, ausencia de la verdad; pues como lo prueba admirablemente en su obra sobre las variaciones, el mismo cambio de símbolos y de doctrinas es una prueba irrefragable de que allí donde se cambian no hay verdad, porque la verdad es siempre una, y no admite division, ni mudanza, ni alteracion, y lo que hoy afirma lo afirma mañana y lo afirmará eternamente. Poco es, repetimos, llamar á esto alejamiento de la verdad: su verdadero nombre es idolatría del racionalismo, antropolatría, es decir, la adoracion de la razon individual por el mismo individuo, que no quiere doblegar su razon á la razon divina, que arguye con ella y la enmienda y corrige, y se sobrepone á ella. El tiempo se ha encargado de demostrarnos que esto es así, como aparecerá por lo que tenemos que decir.

XIV.

Claro está que el protestantismo se presentó en el siglo décimo sexto como un acervo de piedras cuadradas, que se interponia en el camino por donde marchaba la civilizacion del Evangelio. Tambien diremos que apareció como destructor; pero daremos gloria á Dios y á su Iglesia, pues la historia nos demuestra que no la ha destruido, y la fé nos dice que ningun poder, ni áun el de Satanás, ha de destruir lo que Jesucristo ha edificado. Además, es un hecho constante que, por muchas y grandes que sean las revoluciones que han trastornado á una region donde se ha predicado el Evangelio y se ha esta-

blecido la Iglesia católica, nunca se borran las huellas profundas que echa por donde pasa la doctrina de Jesucristo. Era ésta ya antigua en Europa: su fé era una fé de quince siglos, y el protestantismo no podía destruirla en su causa ni, generalmente hablando, en sus efectos. En esas mismas naciones donde se planteó la reforma, la Religion católica habia formado un sentido comun católico y una conciencia pública católica, y no era posible que ni ésta ni aquel desapareciesen: además, en esas mismas sagradas Letras, y sobre todo en los Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento, nos dejó Jesucristo, y despues sus Apóstoles, consignados todos los principios que constituyen la verdadera ilustracion, y son los grandes motores de la civilizacion; y no hay fuerzas en la humanidad para destruirlos, porque son incorruptibles é imperecederos, y donde quiera que se lean causan honda impresion en el alma: y por más que muchos se empeñen en querer destruir sus influencias, no lo consiguen, porque el sentido comun y la conciencia pública se oponen á ello; y aunque además se destruya lo que se habia edificado bajo la influencia de esos principios, siempre quedan fragmentos imponentes que recuerdan el edificio de la fé.

Pero, sobre todo, quedaba siempre hecho lo que la Iglesia católica habia hecho en quince siglos, y ella misma quedaba en pié, llena de fuerza y vigor para continuar trabajando en la ilustracion del mundo, y para oponer cuantos valladares fuesen necesarios contra la accion destructora de la herejía. Lo que habia estado haciendo desde el principio hasta entónces, lo haria hasta la consumacion de su marcha por la tierra. ¡Pues qué! Las herejías tan multiplicadas que empezaron ya en vida de los Apóstoles, y habian ido presentándose en cada siglo, si exceptuamos el décimo, que no tuvo ninguna, ¿no eran otros tantos arietes demoleedores del edi-

ficio de la fé? ¿No eran otros tantos aluviones que se querian llevar cuanto la Iglesia habia sembrado sobre la tierra? Pues á todo eso opuso la Iglesia sus fuerzas y sus reparos, y el edificio permaneció íntegro, y la civilizacion continuó su marcha ascendente hasta dejarse ver grande, gloriosa y abundante en riquezas de virtud y de saber, al aparecer su más terrible enemigo, el protestantismo.

XV.

Gloriase éste, entre tanto, de haber adelantado mucho la sociedad en mejoras materiales, y en haber proporcionado á la humanidad abundancia de riquezas; pero hay que decir, aunque con dolor, que por haber prescindido la sociedad de las luces de la verdadera ilustracion y de la autoridad de la Iglesia, la civilizacion material se ha convertido en triste tumba, donde se ha pretendido enterrar la ilustracion del espíritu y la perfeccion del corazon, pues la ilustracion del mundo se reduce hoy en general al egoismo y al sensualismo. ¡Y qué! ¿No hubiera llegado la sociedad á esos adelantos materiales, respetando la autoridad de la Iglesia y conservando íntegra la doctrina de Jesucristo? ¿No hubo descubrimientos ántes de la aparicion del protestantismo? ¿No se cultivaron las artes liberales en los tiempos anteriores de una manera que sorprende hoy dia á quien contempla las basílicas, sus relieves, sus arabescos, sus tablas de pintura y sus cúpulas y ojivas? ¿No ha bendecido despues la Iglesia todos los inventos que no son contrarios á la rectitud del progreso? La Iglesia fué en todos tiempos, tanto el custodio de la fé y la doctrina, como la madre de la ciencia, la propagadora de las artes, la conservadora de los monumentos, la que ha fundado Universidades, la que ha conservado la literatura de los griegos, la que la ha difun-

dido en el orbe entero, la que ha animado á los sábios, la que ha laureado sus frentes con la guirnalda, la que les ha dado mitras, capelos, tiaras, diademas, gloria y honra, sin mirar más que á la virtud, al mérito, al saber.

Muchas riquezas ha aglomerado el protestantismo, contando el oro por montones muy prominentes, es verdad. Pero esto es precisamente la prueba de que ha caído en la idolatría, en esa idolatría que hace de cada entendimiento emancipado de la autoridad divina un númen á quien se adora, y de cada cuerpo un ídolo semejante al que habia en Babilonia, para el cual no bastaban cada día doce arrobas de harina, cuarenta ovejas y seis ánforas de vino, pues se decia que lo devoraba todo. (Dan., cap. xiv, versículos 1 y 2.) Recordad, amados hijos, aquellas tentaciones que el demonio sugirió á Jesucristo: en la tercera le invitó á que viese la gloria de muchos reinos, su imperio, sus riquezas y sus regalos, atreviéndose á decirle que se lo daría todo si, cayendo, lo adoraba. (Matth., cap. iv, vers. 9.) ¡Insensato Lucifer! Se lo daba todo á Jesucristo, con tal que se degradase en la más asquerosa idolatría, y lo adorase á él, en vez de adorar á Dios: *Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me.*

Es ésta en general la recompensa de la apostasía de la fé; como que, despues de renegar el hombre de Dios, no repara en los medios para adquirir, y lo mismo despoja al huérfano y á la viuda, que al amigo, al vecino, al Estado; con facilidad adquiere riquezas; pero éste es el premio temporal que Satanás suele dar á los que lo adoran á él, hollando la autoridad de Dios y de su Iglesia, y adorándose á sí mismos: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Y bien claro se echa de ver este verdadero fenómeno social, pues vemos á cada paso que los hombres de las revoluciones suelen ser por lo comun gentes sin riquezas ántes de formarlas, y al poco se les ve abundando en oro, en comodidades y en lujo deslumbrador,

adquiriendo títulos nobiliarios, arrastrando carrozas, ostentando libreas y escudos de armas, viviendo en palacios, dando saraos ostentosos y convites regalados. Problema social es ese que, áun en la misma sociedad, se resuelve fácilmente, pero que se resuelve mejor en el criterio de la fé y en el santuario de la Religion: todo eso es el premio temporal de la apostasía de Dios y de la idolatría del racionalismo: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.*

Os he dicho ya que en el seno del protestantismo no hay fé, y os pudiera entretener refiriéndoos lo que pasa entre los protestantes, pues tengo conciencia de ello; pero lo sabreis con sólo deciros lo que significa entre ellos en el orden religioso la palabra *liberal*; significa ésta el ser condescendiente con las opiniones de los demás; pero estas opiniones son lo que entre los católicos es *dogma*. Allí cada uno tiene su opinion, siendo ésta ó sabelianismo, ó nestorianismo, ó eutiquianismo; y esto sucede en la secta misma en que están afiliados los príncipes, los nobles, los hombres de valer, que es la llamada episcopalismo. Cada uno piensa y cree lo que le parece sobre todos los misterios, y esto se llama opinion, y quien no tolera la ajena es llamado *bigot*, que quiere decir *rígido, intolerante*. ¿Puede aparecer más clara la falta de fé y de creencias, y el imperio de la idolatría del racionalismo?

XVI.

Pero esa idolatría se descubre aún más en la oposicion que tienen las obras del protestantismo con el Evangelio, y mucho más cuando sabemos el uso que se hace de esas riquezas fabulosas que tienen las sociedades bíblicas. Jamás dijo Jesucristo á sus Apóstoles que ofreciesen dinero, ni regalos, ni vida cómoda á aquellos á

quienes predicaban el Evangelio: al contrario, les dice que les prediquen renuncia de las riquezas, abnegacion de sí mismos, mortificacion del cuerpo, trabajos y cruz: ¿qué clase de apóstoles son esos, por tanto, que llevan consigo caudales cuantiosos para darse ellos vida regalada, é ir enseñando el oro á los pobres, para inducirlos á que vayan á sus capillas y persuadirles de que, haciéndolo así, no padecerán hambre ni privaciones? Ved, amados hijos, la diferencia inmensa del ministro de Satanás al de Jesucristo; se me ha dicho que los cinco ó seis predicantes del protestantismo en esta capital tenian en caja á fines de año ochenta ó cien mil duros. ¡Ah! Todos los obispos de España juntos y todo el clero de esta nacion asendereada no tienen tanto, ni quizás la mitad, pues bien sabeis que algunos de esta sagrada clase tienen que trabajar, quién en el campo, quién en caminos de hierro, para no perecer, y aún algunos se han muerto de hambre. Pero éstos llevan en su pobreza heroica el signo inequívoco de su mision celestial, pues al mismo tiempo, ni el hambre ni la persecucion los apartan de la senda de su deber.

Ahí os andan diciendo esos apóstoles del oro, que vienen á daros el pasto espiritual de la palabra divina gratuitamente, que los sacerdotes católicos venden las cosas sagradas, con otras cien necedades por el estilo. ¡Hipocresía abominable! ¡Farisaismo impío! Pues esos mismos que os predicán esos absurdos, son hombres que tienen cinco ó seis mil duros al año; ¿y para qué? Para ir cada domingo á su capilla, abrir la Biblia, leer un capítulo y predicar despues contra la Virgen, á quien despojan de todas sus excelencias; contra San Pedro, quien dicen que nunca vino á Roma; contra el Papa, á quien llaman el Anticristo; contra los sacerdotes, á quienes motejan de vendedores de la palabra divina. Y éstos son los temas favoritos, y casi exclusivos, que inspiran materia

para hablar á esos predicantes. ¡Hipócritas! Esos mismos impostores tienen cien duros por cada domingo por predicar contra Cristo, es decir, en un dia lo que en tiempos normales tenía un párroco nuestro de los campos por las dos terceras partes de un año.

Estad, pues, advertidos, mis amados oyentes, que esos ministros que os salen al encuentro, convidándoos con su proteccion, son emisarios del gran mónstruo que quiere devoraros; son unos traficantes de Satanás, que quieren comprar el don inestimable de vuestra fé por el cambio de unas cuantas monedas. Verdaderos discípulos de Judas y de Simon Mago, pues han vendido á Dios por seguir sus propias concupiscencias, y compran almas santificadas por la gracia del Espíritu Santo, para dárselas á Lucifer. Cuando alguno de ellos se os encare y os invite con el oro, decidle con santa indignacion: «Anda de aquí, Satanás, y sea tu dinero para tu perdicion; yo debo mi alma á Dios; ¿te la he de dar á tí, para que la vuelvas patrimonio de Satanás? Yo debo al Espíritu Santo la gracia de la santificacion, que Jesucristo ganó con su muerte y Pasion; ¿crees tú que yo he de vender el don de Dios ni por todo el mundo que me dieran? Vete, pues, de ahí, Satanás, y sea ese dinero que me ofreces para tu propia perdicion.» *Pecunia tua tecum sit in perditionem; quoniam donum Dei existimasti pecunia possideri.* (Act., cap. VIII, vers. 20.)

XVII.

En presencia, pues, de este espectáculo de gloria para Dios y de alegría para nuestros corazones, ¿qué quereis que diga, mis amados oyentes? ¡Ah! Siquiera por esta vez yo doy gracias á una revolucion: Dios permitió por sus altos juicios que sobreviniese una en nuestra amada patria, la cual se ha empeñado en descatolizarla: ella ha